

para realizar plenamente el sentido humano". "Acuérdate de vivir", advierte con la frase de Goethe en el epígrafe de su penúltimo libro.

Y sigue cumpliendo con su promesa de 1915: "No renunciaremos a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces".

José ALVARADO.

Feria del Libro.

Ciudadela. México, Enero de 1955.

TRAYECTORIA DE GOETHE

por ALFONSO REYES.

Fondo de Cultura Económica, México 1954.

Come indica il titolo, che per altro è la unica cosa non del tutto felice di questo bel saggio, quello che qui ci si offre non è un disegno, ma un "grafico" appena tratteggiato della vita del Goethe. Una specie di carta preliminare che non pretende ad alcuna generica utilità informativa e precisione tecnica, poichè è quella che l'autore s'è tracciata ad uso personale, come mezzo d'orientamento per i propri studii goethiani: e per una esigenza che chiunque con questi studi abbia qualche dimestichezza ha avuto occasione di sperimentare, poichè fra i tanti casi di splendore e miseria di letteratura biografica su grandi uomini quello del Goethe è forse il più rappresentativo.

Il Goethe è scrittore così eminentemente autobiografico che è stato sempre, necessariamente assai arduo il mantenere quella che il Reyes chiama la "frontiera" fra la vita e l'opera, e, se si vuole, fra quell'opera particolarissima ch'è la vita del Goethe e la opera poetica, non escluso il *Dichtung und Wahrheit*, così affascinante e così facile a fraintendersi. L'interpretazione di ciò che è biografia goethiana ha risentito, oltre che della pudicizia e del pettegolezzo degli eruditi ottocenteschi, del complesso rapporto di fiera e di suscettibilità nazionali, sempre imperfettamente equilibratosi, fra la Germania e il proprio genio poetico. Il novecento ha bensì rimosso quanto di più pesante, e inadeguato, v'era in quella ritrattistica di stile romantico-borghese, ma benché ad esso si debbano pagine fondamentali (basti pensare al Gundolf o al Mann) per la letteratura biografica goethiana, resta comunque il fatto, in sé non transcurabile, che il lettore non tedesco, e refrattario, magari perché, come si usa dire, cattolico o pagano, a certi motivi quale, ad es., il culto del demoniaco, cerca col Goethe un rapporto diversamente confidenziale, di cui la letteratura biografica tedesca, allo statu equo, non gli offre la chiave

adeguata. Esso è perciò costretto a fabbricarsene una propria, che è ciò che ha fatto, con tutta l'arte dello scrittore di grande talento e civiltà letteraria ch'egli è, Alfonso Reyes.

Il suo ritratto di Goethe è tracciato mediante un seguito di sottili e serrate annotazioni dal *Dichtung und Wahrheit* e dalle corrispondenze e colloqui. Non s'introduce la parola di alcun goethista illustre, parla sempre il Goethe, ma non mediante citazioni: è el Reyes che riferisce e nel tono discreto e insieme personale con cui egli compie questa specie di réportage dai documenti è tutta la sua arte.

Questo profilo tracciato dal Reyes ricorda un po' quello che s'intravede dietro i saggi critici del Croce (che non trattò mai il tema biografico, ma fu sempre in polemica con tutto ciò che poteva sapere di concetto dell'"animale sacro"); è però meno ironico e saggio, di quello presente al letterato napoletano, più giovanile e più, relativamente, disarmato: con qualche tratto bizzarro, come l'idea che il Goethe si salvasse dal disastro in cui finì lo Sturm und Drang lasciando in preda el fallimento e al velleitarismo romantico quel "pintor sussidiario" ch'era in lui (p. 33). Il motivo dominante, dell'immensa solitudine che caratterizza la vita goethiana, proprio perché non è mai enfaticizzato, riceve tutta la sua esemplare, intimamente commovente drammaticità. Tanto più che l'accento cade sempre su ciò che è insieme unico e umano: "E' fedele e volubile, mai falsamente seduttore, sinceramente offerto. Si dà e si recupera, impazzisce e si salva... Esce incolume dalle proprie tormenti, ma risente i terremoti lontani e le eclissi delle stelle".

È un libretto che ci rivela come il poeta — e brillante saggista — messicano, si possa contare fra quei rarissimi scrittori che sanno come si parli di Goethe: con una confidenza e con un rispetto che valgono solo se inseparabili.

Elena CRAVERI CROCE.

Lo Spettatore Italiano,

Roma, VIII, 1, enero, 1955.

Págs. 32-33.

UN CASO DE NOBLEZA LITERARIA

Mexicano de nacionalidad, español por amor y universal por trascendencia: tal es el triple carácter que el autor de Platero halló en la noble figura de Alfonso Reyes, y los que le conocen saben cómo son ciertas y definidoras aquellas palabras. Pero, sobre apreciar en él su hermosa condición de humanista, o su amor de la tierra nativa, o su comprensión ecuménica, o lo hispano de sus afecciones más íntimas, hay que exaltar en Reyes los dones del escritor elegante y remirado, para quien el arte es atmósfera habitual, y móvil cotidiano el afán de perfección.

Aquellos a quienes parece ganar la desesperanza, la duda ante el futuro de esa como proliferación literaria, tan poco airosa, de nuestros pueblos, y que, huyendo del torpor de las improvisaciones, gustan de frecuentar los buenos libros, para asentar su formación en la base nada precaria de lo clásico, encuentran en Alfonso Reyes uno de los ejemplos más confortantes. Maestro que condena, con acerbidad muy propia, la "desaseada negligencia de los actuales autores"; que mira con enfado que "las íes anden sin sus puntos correspondientes, que tanto las agracian"; que lucha con pasión por el depurado equilibrio de la forma; que deja correr su pensamiento, rico y nutrido de profundas experiencias, en una bien trabada dialéctica y bajo la gloria del vocablo hermoso y preciso; que, a pesar de decir, no sin intencionada modestia, que "su pobre tejado es de vidrio" y que ello le obliga a respetar susceptibilidades ajenas, encuentra que podría ser suya la actitud de aquel San Jerónimo que salió de su soledad como un león cuando alguien le dijo que equivocaba la sintaxis; que afirma que el arte es una continua victoria de la conciencia sobre "el caos de las realidades exteriores"; que confiesa su fobia de la errata, la que le hacía desvelarse sobre las mesas de los tipógrafos, con el ánimo de "cazarla a punta de pluma" y aislarla como "con un cordón sanitario": maestro, en fin, cuyas preocupaciones estéticas, filosóficas e históricas le sitúan en un plano

de superior y noble jerarquía, no puede menos de ser un signo que guíe y aliente en la obra cultural de nuestras américas.

La producción de Alfonso Reyes es abundante, no obstante su ahincada voluntad estética. Ha compuesto durante tres décadas, poemas de gusto clásico, como los de sus libros *Huellas*, *Pausa*, *5 Casi Sonetos*, *Romances del Río de Enero*, y ha ensayado el drama en verso, con su *Ifigenia Cruel*, y ha escrito especialmente crítica literaria, enjuiciando al Arcipreste de Hita, a Góngora, a Quevedo, a Ruiz de Alarcón. Sus conceptos sobre la obra de arte fluyen, en manera bien decantada y personal, a través de su *Experiencia Literaria*.

En alquitaras de gracia y pureza nace su poesía, como aquel arduo y laborioso mester de clerecía que tanto ha encarecido en sus páginas de literatura española. Pero Alfonso Reyes no ha dejado de buscar, por ello, los contactos indispensables con lo menos zafio e impuro del gusto y la sensibilidad popular. No es, no será nunca un poeta que goce del sufragio de las mayorías, pero su lirismo quintaesenciado solicitará, en cambio, la adhesión de los espíritus cultos de ahora y del futuro. Insospechados artificios verbales vanse descubriendo en la forma de sus versos, purgados de cualquier exceso emotivo. Su ansiedad es la del equilibrio, la de la mayor exactitud lírica: aquella que encarna con precisión nuestras realidades subjetivas, aún esas que se manifiestan como más vagas e intraductibles. Hay malos instantes —dice— en que “la obra poética pretende arrogarse las funciones de escritura mediúmnic o sonambúlica, en que el poema usurpa la categoría de documento psicoanalítico o confesión abierta”. Cree, en verdad, que se puede y debe expresar lo que para el lenguaje común resulta infabla, pero buscando la forma justa y precisa: es decir, yendo de la subconsciencia a la conciencia. Demuéstrase, además, respetuoso de la norma. El artista, según él, llega a la libertad, produce libertad como término de su obra, pero no opera en la libertad. Desde luego, error sería asegurar que Alfonso Reyes es devoto incondicional e irreflexivo del precepto. Si algo hay que de veras le exaspere, eso es la actitud

dura e inflexible de aquella guardia pretoriana de los preceptistas. Sus reglas, sus instrucciones han parecídole tan estériles, tan vanas como el vano empeño de jardinar el mar. Su posición, más bien, es la de Valéry, para quien la inspiración, el estro, el estado anímico del poeta es aquello que los dioses se lo dan de balde, mientras que la forma artística, los recursos verbales, la ciencia misma de la poesía tiene que extraerla, laboriosamente, de sí mismo.

En cuanto a la crítica, Alfonso Reyes exalta el valor de aquella que se hace sin compromisos, y sí con honradez y austeridad. Tal es la verdadera y única crítica. A su ejercicio augusto ha consagrado la mayor parte de su vida, manteniéndose en el mismo rango excelso de Rodó. Bajo la luz de su lámpara solitaria, han sido examinadas las obras de las más ilustres figuras de la literatura universal. Para que se eche de ver la idea severa, de altísima responsabilidad, que Alfonso Reyes tiene en torno al papel de la crítica, conviene recordar estas sus palabras: “¡Ay, Atenas era Atenas, ni más ni menos; y con serlo acabó dando muerte a Sócrates! ¿Y sabéis por qué? He aquí: ni más ni menos: porque Sócrates inventó la crítica”.

Observación que es menester recordarla si se quiere que la crítica realice su imponderable destino, es decir, si se busca que la crítica sea amplia, pero severa; comprensiva, pero no servil ni aduladora.

Galo René PEREZ.

Letras del Ecuador,

Quito, enero-marzo de 1955.

EL HAZAÑOSO ALFONSO REYES

Sería cuerdo transferir a Alfonso Reyes la circunstancia que, referida a Chesterton, incluye en la segunda serie (1909-1954) de *Marginalia*, volumen aparecido recientemente en Tezontle: "Hubiera necesitado una casa editorial para él solo. Así acontece con las naturalezas verdaderamente literarias, que encaminan todas sus reacciones ante la vida, por automáticas e inconscientes que sean, hacia la obra de las palabras".

La evidencia de este respirar con prosodia y sintaxis, en el caso de Reyes —¡y qué especie impar de respiración, señores!—, se halla no sólo en las páginas de *Marginalia*, sino a través de cada uno de esos libros tan fortalecidos de ideas, tan aéreos y leves de factura, que con bienvenida frecuencia se incorporan al prestigio intelectual de México. Sólo Alfonso Reyes, entre nosotros, es capaz de publicar tres obras en dos meses: *Marginalia*, en el Fondo de Cultura Económica; *Parentalia*, en Los Presentes; *Quince presencias*, en la Colección Literaria Obregón. (Esta última la comentaremos en próxima oportunidad). Y de extraer de cierta gaveta mágica un texto de plena tersura, escrito en 1909 y aún inédito casi medio siglo después, tras dar trabajo a las prensas con un centenar de volúmenes propios.

Leyendo y releendo los no por a menudo ocasionales menos enjundiosos ensayos de *Marginalia*, se cae en la cuenta de cuán fecunda resulta la jornada cotidiana del autor. Basta cotejar las fechas que calzan cada uno de esos recreos de la inteligencia, para advertir la vigilancia impuesta a su curiosidad por este hombre menudo, luz viva del espíritu, arsenal andante de donaires y, a su hora, grave intérprete y adivino de problemas humanos presentes y futuros.

En el espacio de unos días se le ve saltar de una disertación filológica a unas consideraciones sobre ornitología, del brazo de su bien sabido Aristófanes, pero con derivación a las aves del aire mexicano; de un magistral examen de ciertas teorías matemático-eco-

nómicas a un himno de amor a la madera; de las fallas de la cibernética, en su enlace con el hombre y sus inventos, a las prudentes medidas aconsejables a los escritores en el acto de escoger compañera...

Allí está todo lo universal, cuanto apasiona sin cesar a las mentes activas, enriquecido además con una hondura personalísima, con una gracia y oficio singulares, eslabonándose una inquietud con otra. Tal parece que Alfonso Reyes —ahora en su madura serenidad, como antes en su juventud— no se permite soslayar ningún problema, ni se deja acosar por una duda. Sobre la marcha sale al encuentro de unos y otras y no admite que prosigan el camino sin ejercer funciones, él propio, de policía inquisitivo, más civilizado. Algo semejante a: "Despejemos el sendero... y a otra cosa".

Pero no terminan allí las sorpresas. Siempre cotejando las fechas ya aludidas, se recuerda cómo simultáneamente con varias de esas disquisiciones el autor se hallaba empeñado en la elaboración de una obra de mayor aliento, o absorbido por algún deber social, o sustentando un ciclo de conferencias medulares sobre esa cultura helénica que —constante decisiva de su quehacer en los últimos tiempos— a través de oscuros procesos de mimetismo le ha ido formando en las sienas un aura griega.

Nadie se dé por aludido; pero, aunque bien a bien no lo sabemos, presumimos que las visitas y las amables tentativas de arrastrar a Alfonso Reyes hacia el plano oblicuo de la sociabilidad han de estimarse, a estas alturas de su esplendor creador, como un fraude, como una merma al patrimonio espiritual de México, que en la montañosa obra de su máximo escritor se asegura un albergue de permanencia en el territorio de las letras universales. Aunque ahora, y aquí, notemos la falta de escritores a escala con él para justipreciar su afanosa hazaña de cada día.

Y quién sabe si este Castiglione del siglo XX, cifra de afabilidades y cortesías, padezca mucho al recatarse de manifestar ante nadie, ni por asomo, una sensación que le anda por dentro, expre-

sada en un poema nostálgico donde clama —a medio tono, según su norma— por la ausencia de Pedro (Henríquez Ureña), Antonio (Caso) y Enrique (Díez-Canedo). Pues incluye tal poema, en un acento muy a lo Manrique, esta nota desencantada: “Ya el vino viejo se acaba y no cría —la viña nueva el sabor que solía”.

Antonio ACEVEDO ESCOBEDO.

El Nacional, México.

5 de Marzo de 1955.

UN RECUERDO PARA DON ALFONSO

Este recuerdo se despliega como un pañuelo sobre la palma de mi mano. Recuerdo grato y aleccionador. Corrían oscuros nubarrones por el mundo en aquel invierno de 1941. Los hombres de pensamiento andaban a la greña sobre la función de la cultura en aquel período bélico, ya que ésta podía desempeñar un papel de importancia en la defensa de los tan maltratados derechos del hombre, asediados e ignorados por la agresión totalitaria. Por aquellos días reunióse en La Habana un grupo de hombres, profesores, escritores y artistas, en busca de un programa de acción ante aquel grave momento histórico. Por supuesto, había muchos pensadores y hombres de letras que deseaban que la cultura quedara aislada y hermética, como si fuera la bella durmiente del bosque. Afortunadamente los más lúcidos, los de conciencia más alerta y vigilante, supieron defender los fueros de una inteligencia que comprendía sus obligaciones. En los amplios salones del Hotel Nacional había mucho runrún de conversaciones y los estallidos de uno que otro debate. Más allá, sobre la explanada, se vislumbraba el águila del monumento al Maine. En aquellas reuniones vimos al Conde Sforza, con su estatura prócer, con su blanca barbilla; a Marcel Focillon, el crítico de arte francés, casi ciego a fuerza de una miopía atroz; a Jules Romains y a otros escritores europeos. Se encontraban también ilustres personalidades de nuestra América. Allí vimos por vez primera a Germán Arciniegas. Y estaba entre aquellos intelectuales, como figura principalísima, hombre ejemplar y distinguido, don Alfonso Reyes.

Presenciándolo todo, con ojos muy abiertos, andábamos unos cuantos estudiantes universitarios. Llevábamos el corazón palpitante cuando nos acercamos al ilustre escritor mexicano. Queríamos Manolo Alvarez y yo pedirle un señalado favor: que fuera a hablar a la Escuela de Filosofía y Letras. Lo invitábamos, audaces, nosotros los estudiantes. Con mucha cortesía, pero sin perder el buen humor, la bonhomía patricia nos trató don Alfonso. Pocos días

más tarde estuvo en la Universidad. Llegó muy sencillo y cordial a nuestra Escuela, charló con los alumnos en los pasillos, firmó con mucha desenvoltura los *autógrafos* de nuestras compañeras que le asediaban como a un astro del cine, y "flirteó" con ellas con donosura pícara. Aquella tarde escuchamos una de sus sabias disertaciones. Habló sobre el método histórico en la crítica literaria. ¿Qué elogiar más, el concepto erudito de que hizo gala o su hablar discreto e ingenioso? Su personalidad atrayente, su don de comunicación y de fina comprensión se destacaron en aquella visita a la Universidad. Fué tarde inolvidable para aquel grupo de alumnos cubanos que con admiración y entusiasmo nos agolpábamos en torno a don Alfonso.

Este año, en México y en Cuba, han surgido distintas voces para sugerir homenajes a Alfonso Reyes con motivo del quincuagésimo aniversario de su incorporación a la vida literaria. Ya la Universidad Nacional Autónoma de México prepara, según noticias, un libro jubilar para festejar tan feliz efemérides. Por otra parte la Universidad de Nuevo León, en Monterrey tierra natal de don Alfonso, ha dedicado a éste un número de su revista *Armas y Letras*. ¿Qué preparan nuestras instituciones de cultura, nuestros centros universitarios? Nada sabemos. Pero es menester que tales proyectos, sugeridos por Félix Lizaso y Jorge Mañach entre otros, no se malogren, alcancen categoría relevante.

Nada más adecuado que este homenaje continental a Alfonso Reyes. Su vida y su obra resumen la más acendrada dedicación literaria de la América hispánica. Las más diversas ramas del saber y de la creación literaria muestran sus valiosos ejercicios de entusiasmo, la viva prosa centelleante, la erudición hecha espíritu de este escritor que ha sido llamado el *mexicano universal*. El ensayista de *La Visión de Anáhuac*, el cronista de *Cartones de Madrid*, el poeta de *Ifigenia Cruel*, el historiador de *Pasado Inmediato*, el teórico de *La experiencia literaria* y *El Deslinde*, el autor de esas memorias llenas de gracias que se esparcen por multitud de libros, se

conjugan en un escritor que ha traspasado las fronteras de nuestro idioma y al cual tratan de igual a igual los grandes hombres de letras de nuestro tiempo.

Pero no vamos a agrupar afirmaciones generales en este breve artículo. Cuba debe participar activamente en los homenajes que a don Alfonso se preparan. A lo largo de su obra, el nombre de nuestra patria y de nuestros más destacados escritores aparecen subrayados por la admiración y el cariño. Desde su primer libro *Cuestiones Estéticas* donde estudió a aquel poeta cubano que escribió en francés y murió en París, Augusto de Armas, hasta las muchas referencias que ha dedicado a José Martí, los cubanos tenemos sitio seguro en sus preferencias y en sus afectos. Díganlo si no sus numerosos corresponsales en este país, y su amistad ferviente con José María Chacón y Calvo. Dígalo ese magnífico artículo *El amor de los libertadores* que aparece en la segunda serie de *Marginalia*.

Durante las dos últimas décadas Cuba se ha aislado mucho del resto de los países hispano-americanos. Nuestros escritores se han encerrado en sí mismos, o se han quedado inclinados, mirando extasiados hacia la tierra. Esa intercomunicación debe ser acrecentada. Y ocasión feliz y fecunda debe ser ésta del quincuagésimo aniversario de la obra literaria de Alfonso Reyes. Pues los escritores cubanos y nuestras instituciones de cultura deben enlazar sus esfuerzos a los del resto del continente para que los actos y publicaciones relacionados con esta efemérides ilustre de las letras hispanoamericanas obtengan extraordinario relieve.

Salvador BUENO.

El Mundo,

Habana, Abril 10 de 1945.